

# Educatio ad virtutem: virtud y educación liberal en Utopía

EN EL QUINTO CENTENARIO DE *UTOPIA* (1516) DE TOMÁS MORO TIENE INTERÉS REVISITAR EL CONCEPTO DE EDUCACIÓN QUE SE PLANTEA EN LA OBRA, Y SU VINCULACIÓN CON EL CULTIVO DE LA VIRTUD Y EL LOGRO DE LA FELICIDAD

ÁLVARO SÁNCHEZ-OSTIZ

**P**ara nuestra cultura popular, *Utopía* (1516) es la más conocida de las obras de Moro, aunque sea tan sólo por haber dado nombre a una vena creativa que sigue produciendo a ritmo constante fantasías futuribles más o menos inquietantes. Para el lector actual, sin embargo, *Utopía* es un texto exigente que trata de modo no narrativo gran variedad de cuestiones centrales sobre el hombre y los fundamentos de la sociedad. En él Moro recrea una conversación ficticia entre él mismo y un sabio aventurero, Rafael Hitlodeo, que ha podido conocer la isla de Utopía, en la que habita una sociedad armoniosa y superior a todas las conocidas entonces. Al hilo de ese diálogo se describen los orígenes remotos, la geografía urbana y la organización productiva de la isla, así como los mecanismos que la mantienen cohesionada. Entre estos últimos la educación de los utopianos es, sin duda, uno de los hilos principales que conecta piezas dispersas en el artificio literario de Moro. Ésta aparece descrita en dos contextos: la instrucción colectiva escolar (*institutio, eruditio*) y el estudio personal y frecuente de la literatura (*litterae, litterarum cura*), que bien puede ser calificado de

educación liberal. En sus dos modalidades, la educación de Utopía asegura la eficacia del trabajo (cfr. II 79), determina el tono de la convivencia social (cfr. II 81) y, en fin, se convierte en condición para la vida virtuosa y feliz de los isleños, que aceptan libre e individualmente los principios de su óptima estructuración política.

**L**a propia índole literaria de *Utopía* no hace posible describir sistemáticamente cuál era el ideal educativo del humanista inglés. Éste prefirió aprovechar las posibilidades que le ofrecían la paradoja y la ambigüedad; a través de esta vía podía exponer los fundamentos, logros y retos de una sociedad imaginada por la razón y la tradición clásica de manera más dialógica que discursiva, más retórica que metódica. Así, las opiniones y pareceres de los distintos personajes son contrastados entre sí, favorecidos en un punto, cuestionados veladamente en otro o, en ocasiones, criticados sin disimulo. A pesar de ello, tampoco es imposible trazar las líneas generales del modelo educativo que Moro tenía en mente al escribir *Utopía*, si se usa como punto de referencia el ideal de los círculos humanistas del norte de Europa. Para Erasmo, Budé, Busleyden, Vives o Moro, la educación no era mera adqui-

La educación tiene como efecto principal la virtud de los ciudadanos, que hace funcionar armónicamente la sociedad

sición de conocimientos, sino el desarrollo del potencial humano a través de la sabiduría que conduce a la virtud. En este sentido resultan reveladoras las coincidencias entre los principios generales expuestos por Erasmo en obras como *Institutio principis Christiani* (1515) o *De pueris statim ac liberaliter instituendis* (1528) y el tipo de educación vigente en la isla que habría conocido Hitlodeo. Ahora bien, la propia descripción no sistemática de la *Utopía* de Moro sugiere un acercamiento no exhaustivo a la importancia de la enseñanza en el funcionamiento de la sociedad utopiana. Por tanto, para el propósito de estas líneas bastará aquí seleccionar, entre otros, dos matices subrayados en diversos momentos del libro II: la educación genera la virtud y tiene como fin la felicidad.

**E**n primer término, la educación tiene como efecto principal la virtud de los ciudadanos, en la medida en que instila en el espíritu de los utopianos valores, preferencias morales y principios que hacen funcionar armónicamente la sociedad. Todos los habitantes de Utopía aprenden el desprecio de la riqueza y el gusto por el trabajo, por la ayuda desinteresada en favor del bien común: “Éstas y otras actitudes similares las han asumido en parte instruidos por su crianza en una sociedad cuyos principios se alejan por completo de ese tipo de insensateces, y en parte por la educación y por la lectura. Pues, aunque no son muchos de cada ciudad los que, exonerados de los trabajos, se dedican exclusivamente al estudio (es decir, en los que se observa desde niños capacidades notables, talento eminente y gusto por el trabajo intelectual), sin embargo se educa a todos los

|||||

**La educación  
utopiana es  
educación  
para la  
felicidad, para  
la perfección  
individual del  
espíritu**

---

niños, y buena parte del pueblo, hombres y mujeres, dedican a la lectura las horas que ya dije que quedaban libres de trabajo” (II, 101). Indirectamente, este pasaje alude tanto a los contenidos como a la metodología: adquirieron esas actitudes (opiniones) a través de la convivencia (*ex educatione in ea re publica... educti*), de la enseñanza (doctrina) y de la lectura personal de libros (*litteris*), que se convierte en práctica diaria de la mayoría.

**E**n segundo término, la educación utopiana es educación para la felicidad. Utopía es un escenario esencialmente meta-histórico y estático, una sociedad perfecta en la que todo cambio se ha hecho innecesario. En tales condiciones, la educación no puede servir para progresar profesional o socialmente, sino para el perfeccionamiento individual del espíritu. Para los utopianos, el trabajo corporal, si es desarrollado en exceso, embrutece, por lo que “... los magistrados no han de cargar a los ciudadanos con trabajo de más, toda vez que la organización de esta sociedad tiene en primer término solamente el siguiente objetivo: ahorrarles a todos los ciudadanos el mayor tiempo posible de trabajo físico para la libertad y el cultivo del espíritu (*ad animi libertatem cultumque*). Pues en ello creen que reside la felicidad vital” (II, 86). Así pues, la eficacia productiva y el colectivismo utopianos miran a garantizar que cada individuo disponga de tiempo suficiente para dedicarlo al placer intelectual. Este sentido del cultivo interior remite asimismo a otro de los grandes temas de *Utopía*: la relación entre virtud, placer y felicidad que se da en los habitantes de la isla, en especial durante los momentos que dedican a cultivar los hábitos intelectuales.

**N**o obstante, la imaginación de Moro admite que algunos ciudadanos estén mejor dotados para actividades intelectuales y que, si así lo desean, queden exentos de los trabajos manuales para dedicarse exclusivamente a los estudios liberales: “Todo el tiempo que queda entre las horas de trabajo, sueño y comida, se deja a la voluntad de cada cual, no para abusar del exceso y la pereza, sino para que dedique correctamente el tiempo libre de su oficio a otra ocupación según su parecer. La mayoría dedica estos descansos al estudio (*litteris*). Es costumbre tener cada día lecciones públicas antes del amanecer, para que asistan, mejor dicho, a las que están obligados a asistir, los que han sido seccionados personalmente para los estudios (*ad litteras*). No

obstante, una gran muchedumbre de hombres y mujeres de toda clase se congrega a oír las lecciones, unos a unas y otros a otras según le dicte a cada uno su natural” (II, 81).

En contra de lo que podría sugerir una simplificación igualitarista de la obra de Moro, los utopianos admiten libremente la existencia de una clase superior de intelectuales, filósofos en el sentido más clásico del término, de entre los que son elegidos magistrados y sacerdotes. Éstos son los encargados de amonestar, exhortar y corregir a los malhechores, pero más importante aún, se encargan de la educación moral de los niños y de los jóvenes, en especial una bondad elemental y deseos de cooperar al bien común que garantizarán la buena marcha de Utopía, y que les



QUINTO CENTENARIO DE UTOPIA (1516), LA GRAN OBRA DE TOMÁS MORO

acompañarán de por vida: “instruyen a los niños y jóvenes, con no mayor cuidado de los estudios que de las buenas costumbres y las virtudes. De hecho, tienen especial cuidado de inculcar desde el primer momento en las mentes todavía tiernas y obedientes de los niños ideas buenas y útiles para la conservación de la sociedad. Si éstas arraigan profundamente en los niños, los acompañan durante toda su vida hasta hacerse mayores, y suponen una gran ventaja para proteger la estabilidad de la sociedad, que no se viene abajo sino a causa de los vicios, que nacen de ideas erróneas” (II, 149-150).

**E**s quizá la mayor paradoja de la obra de Moro que en varios pasajes se admita la existencia de elementos discordantes en

El cultivo del espíritu a través de la educación es un hábito vital y no un mero adiestramiento obligatorio

la isla: adúlteros, ateos, ladrones, vagabundos y criminales en general, que el sistema aparta o castiga sin piedad. Se trata de habitantes en los que la educación utopiana no parece hacer mella y “...a quienes juzgan tanto más lamentables y merecedores de peores castigos cuanto que, instruidos de manera sobresaliente en tan preclara educación para la virtud, no han podido, sin embargo, apartarse del crimen” (II, 119).

**P**ero, si se excluyen esos incómodos ejemplos, cada utopiano parece haber asumido y abrazado las bondades del sistema, no ya de buen grado, sino con extremo entusiasmo. Como se ha mencionado, la clave de esta apasionada aceptación reside en la educación. En definitiva, Utopía

es una sociedad perfecta gracias al desarrollo intelectual de sus individuos, que son educados en los verdaderos propósitos de la existencia humana. Asimismo, Utopía es también perfecta porque, de manera natural y libérrima, los isleños cooperan con sus iguales a crear las condiciones de vida ideales que garantizan que el cultivo del espíritu sea un hábito vital y no un mero adiestramiento obligatorio. En definitiva, los dos aspectos aquí destacados son necesariamente parciales y dejan sin tratar otros igualmente interesantes acerca del ideal educativo de Utopía. No obstante, no han sido escogidos al azar, puesto que ambos inciden en un elemento siempre actual de la educación: su orientación ética y su vocación de actitud vital.

## EyH IDEAS

### LA SOCIEDAD HELICÓPTERO

**L**as metáforas *helicopter money*, *helicopter parents* u otras similares —se podría hablar también, como veremos, de *helicopter health*— son cada vez más habituales en el vocabulario de trabajos que analizan fenómenos de la actualidad. Todas ellas tienen algo en común: la acción de una autoridad (helicóptero) que supervisa, controla y orienta desde la distancia las acciones de personas o instituciones que pueden tener problemas si se les deja actuar en libertad.

Milton Friedman introdujo la metáfora del *helicopter money* para

hacer referencia a las políticas monetarias expansivas basadas en la creación de dinero por parte de las autoridades monetarias, con el fin de animar la actividad económica. Desde entonces, y especialmente en esta crisis, esa expresión se ha utilizado para referirse a los programas de expansión cuantitativa (*quantitative easing*, QE) puestos en marcha por los Bancos Centrales para incrementar la oferta monetaria, abaratando el crédito, con el fin de animar el crecimiento de la actividad económica. Recientemente ha sido noticia, por ejemplo, el anuncio del Banco Central Europeo (BCE) de seguir con su programa de compra de deuda y de mantener los tipos de interés ba-

jos, al menos hasta finales de 2017. Como comentaba Simon Nixon en el *Wall Street Journal*, muchos piensan que es una forma de seguir aplazando —al margen de las reglas del mercado— las difíciles decisiones que gobiernos y otros sectores económicos (entre ellos el sector financiero) deberían tomar ante sus insostenibles endeudamientos. De este modo, para evitar males mayores, el Banco Central actúa paternalmente, al menos hasta que sea inevitable dejar de hacerlo.

Aunque obviamente en otro sentido y con muy distintas consecuencias, ese paternalismo excesivo no es muy distinto al de los “padres helicóptero”, esos progenitores que están encima de sus hijos —controlando, supervisando, siendo partícipes...— en todas y cada una de sus decisiones vitales (desde las